

Nueva Revista

DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

unir

LA UNIVERSIDAD
EN INTERNET

Oscar.

O la felicidad de existir



TEXTO DE LA OBRA DE ÉRIC-EMMANUEL SCHMITT

VERSIÓN: JUAN JOSÉ DE ARTECHE

**UN ESPECTÁCULO DE
JUAN CARLOS PÉREZ DE LA FUENTE**

Oscar.

O la felicidad de existir



TEXTO DE LA OBRA DE ÉRIC-EMMANUEL SCHMITT

VERSIÓN: JUAN JOSÉ DE ARTECHE

SERIE LITERATURA Nº 1

© Albin Michel, 2002

«... y enséñame las letras y los números
que, en su debida proporción, podrían
hacerme disfrutar de tu presencia,
que últimamente tanto echo de menos».

(*Dios mío*, Bloc de otoño, Luis Alberto de Cuenca)

Querida lectora, querido lector:

¿Cuándo fue la última vez que tuvo la necesidad de escribir una carta? Me refiero a una carta con papel, sobre, sello y buzón. Carta con saludo, despedida y posdata. ¡Como olvidarnos de la posdata! Era fundamental en la estrategia epistolar: una campanilla, una alarma para reclamar la atención del remitente. Allí estaba más o menos cifrado el verdadero motivo de la carta. En aquel papel hablábamos de nuestras cosas, las cotidianas y las extraordinarias, de nuestros secretos, de nuestros deseos o de nuestros miedos. No pretendíamos que fuera un género literario. Era una forma de expresarse de la gente corriente. Gente tan normal, pero tan extraordinaria como el protagonista de esta obra, un niño de diez años llamado Óscar.

Óscar. Ya nunca olvidarán este nombre. Hace trece años que lo conocí y desde entonces está en mi vida. Es un compañero fiel. Él me ha hecho recordar mis días en el interna-

do de un colegio religioso, cuando también tenía diez años. Aquellas mañanas de domingo, después de misa. Y me veo allí, encerrado en las cuatro paredes de mi cuarto, delante de unas cuartillas en blanco, experimentando ese mágico ritual de escribir una carta. Es un momento liberador, terapéutico. Dejo volar mi imaginación para fabular otra vida, para ahuyentar el miedo y para espantar la soledad. Y también para reclamar cariño. Cartas a los amigos, a los parientes, a los padres. Cartas para contar lo que no quería o no podía expresar con palabras. Quizá por esto y por muchas cosas más, «Óscar vive en mí y no lo pienso echar».

Este crío con su mochila de cartas me ha removido por dentro. Pero el protagonista es él y no yo. Sus cartas son su fe de vida, su huella, el registro de su existencia. Lo escrito, escrito queda. Ese es su compromiso, su desafío. Pasará el tiempo con su óxido y su herrumbre, pero sus palabras permanecerán. Son un desafío a esa otra palabra tan manida llamada posmodernidad.

He aquí la herencia de Óscar: sus cartas. Su verdad. A partir de este legado reconstruimos y descubrimos su historia, su enfermedad, su lucha y su esperanza. Y es que las cosas son como son y no como nos gustaría que fueran. Así es la materia humana y sus imperfecciones. Lo líquido y lo sólido. La brecha que nos escinde entre lo que somos y lo que deseamos.

Os invito a acompañar a Óscar en su particular vía crucis. No es tarea fácil. Y menos para él. Hay que llamar a las cosas por su nombre, a las malas, pero también a todas las maravillas que le rodean. Y llegará la ira, el miedo, la incertidumbre, la rebeldía, ¿y después qué? Amor, mucho amor. Amistad

sincera. Optimismo. Juego. Ilusión. Imaginación. Humor a raudales. Coraje. Valentía. Y no desfallecer nunca. Y plantarle cara a la vida, sin perder la inocencia, sin dejar de ser niño. ¡Y esperanza! Hay que estar a la altura de las circunstancias.

Seremos testigos del evangelio de un valiente. Su curiosidad y su asombro nos deslumbran. Óscar habla de lo humano y de lo divino sin dejar títere con cabeza. Y con él de la mano, cual viaje iniciático, llegaremos «al corazón del misterio, para contemplar el misterio». Allí donde todo cobra sentido, donde la vida fluye hasta estremecernos de pura alegría. Óscar se ha transformado.

¿Y nosotros, habitantes de un siglo caótico y virtual, en el que todo vale con tal de que no aflore ningún atisbo de imperfección en nuestras vidas, qué haremos cuando den las luces del patio de butacas? ¿Decirnos que todo era teatro? Sí, es cierto. Las palabras de Óscar son pura esencia de teatro. Para eso nacieron. Pero conviene no olvidar que a la luz misteriosa del teatro se ha producido el milagro. El escenario transformado en un retablo luminoso.

Silencio. ■

Juan Carlos Pérez de la Fuente

Director de *Óscar o la felicidad de existir*

P.D.: *El teatro es una herramienta que tiene Dios para comunicarse con el hombre.* (Eusebio Calonge, La Zaranda).

ÓSCAR O LA FELICIDAD DE EXISTIR

MONÓLOGO ORIGINAL DE

Eric-Emmanuel Schmitt

VERSIÓN DE

Juan José de Arteche

DIRECCIÓN

Juan Carlos Pérez de la Fuente

INTÉRPRETE

Yolanda Ulloa

PRODUCCIÓN

UNIR Producciones Editoriales

Este libreto se distribuye con el nº 165 de *Nueva Revista*

Estas son las cartas dirigidas a Dios por un niño de diez años. Dichas cartas las ha encontrado Mami Rosa, una de las damas de rosa. (Que les llaman así porque visitan desinteresadamente a niños enfermos y llevan uniforme rosa.)

Describen doce días de la vida de Óscar, doce días jocosos y poéticos, doce días que tal vez sean los últimos de Óscar, pero gracias a Mami Rosa, que siente hacia él un cariño muy fuerte y especial, esos doce días se convierten en un cuento maravilloso.

CARTA 1

Querido Dios:

Me llamo Óscar, tengo diez años, le prendí fuego a mi casa, me cargué al gato, al perro (creo que hasta hice una parrillada con los peces de colores) y esta es la primera carta que te escribo.

¡Te advierto que me repatea escribir! Me tengo que ver muy apurado. Te lo prometo. Para mí, escribir es como envolver las palabras en un papel de regalo. O sea, una mentira grandísima.

También te puedo contar que me llaman «Cabeza Huevo». Vivo en un hospital porque tengo cáncer, y nunca me había dirigido a ti, porque, la verdad, ni siquiera creo que existas.

Claro que si empiezo poniéndote todo esto, te voy a caer fatal y no me vas a hacer caso. Y a mí me hace falta que me hagas caso.

También te agradecería que encontraras un hueco para hacerme dos o tres favores. Te explico.

Este hospital es muy guay, hay un montón de mayores alegres, divertidos, muy enrollados, y cantidad de juguetes y unas señoras de uniforme rosa que les gusta jugar con los niños, y tengo amigos con mucho tiempo disponible, como Bacon, Einstein o Popcorn, o sea que sí, que el hospital es superguay si eres un buen enfermo.

Yo ya no soy un buen enfermo. Desde mi trasplante de médula ósea, lo noto. Por las mañanas, cuando hace la visita el doctor Dusseldorf, conmigo ya no es como antes. Le he decepcionado. Me mira sin decir palabra, como si yo hubiera tenido la culpa. Y eso que con todo lo de la operación, me porté fenomenal. Me dejé anestesiar, cuando me dolía, no gritaba y tomé todas las medicinas. Fui superbueno. Hay días que me entran ganas de montarle un pollo y decirle, que a lo mejor fue él, el doctor Dusseldorf, con sus cejas negras de puercoespín, el que metió la pata en la operación. Pero tiene una pinta tan triste que prefiero no decir nada. Y cuanto más se calla el doctor Dusseldorf, más culpable me siento yo. Hasta que al final me he dado cuenta de que me he convertido en un mal enfermo, que no les deja creer que la medicina es la bomba.

Lo que piensa un médico es contagioso. Toda la planta, las enfermeras, los médicos de guardia, hasta las señoras de la limpieza, todos me miran igual. Cuando yo estoy de buen humor ellos se ponen más tristes, aunque hacen como que se ríen cuando digo un chiste. Ya no hay buen rollito como antes.

Solo Mami Rosa no ha cambiado. Yo creo que es demasiado vieja para cambiar. ¡Y, además, es que Mami Rosa es mucha Mami Rosa! A ella no te la tengo que presentar, por lo visto es una buena amiga tuya. Fue ella quien me dijo que te escribiera. El problema es que solo yo la llamo Mami Rosa. Así que, Dios, vas a tener que hacer un esfuerzo para averiguar de quién te estoy hablando. Te doy una pista, es la más vieja de todas las señoras de uniforme rosa.

ÓSCAR: Mami Rosa, ¿tú cuántos años tienes?

MAMÁ ROSA: ¿Puedes recordar números de veinte cifras, Óscar?

ÓSCAR: ¡Anda ya, no exageres!

MAMÁ ROSA: No exagero. Aquí nadie debe saber mi edad. Porque si no, me pueden echar y ya no nos volveremos a ver.

ÓSCAR: ¿Por qué?

MAMÁ ROSA: Estoy aquí de extranjis. He sobrepasado la edad.

ÓSCAR: ¿Estás caducada?

MAMÁ ROSA: Sí.

ÓSCAR: ¿Como un yogurt?

MAMÁ ROSA: ¡Cállate!

ÓSCAR: Vale no diré nada.

Fue muy valiente confiándome su secreto. Pero, apostó sobre seguro; me voy a callar como un muerto. Lo que me choca es que nadie le haya notado el mogollón de arruguitas que tiene alrededor de los ojos.

Pero Mami Rosa tiene otro secreto, y por ese, estoy seguro, Dios, de que la vas a poder identificar. Paseábamos por el jardín del hospital y pisó una caca de perro.

MAMÁ ROSA: ¡Joder!

ÓSCAR: No hables mal, Mami Rosa.

MAMÁ ROSA: Hablo como me da la gana. ¡Y tú no me toques los...!

ÓSCAR: Pero, Mami Rosa...

MAMÁ ROSA: Anda, cierra el pico. Y ¡mueve el culo!

Nos sentamos en un banco para comer un caramelo y le pregunté.

ÓSCAR: ¿Por qué hablas tan mal?

MAMÁ ROSA: Deformación profesional, muchacho. En mi profesión no se lleva hablar con delicadeza. Si yo llego a hablar con delicadeza, sí que me habrían jodido viva.

ÓSCAR: ¿Y cuál era tu profesión?

MAMÁ ROSA: No me vas a creer...

ÓSCAR: ¡Que sí, palabra!

MAMÁ ROSA: Luchadora de «catch».

ÓSCAR: ¿De «catch»?

MAMÁ ROSA: Luchadora de «catch». Me llamaban «La Estranguladora de Versalles».

ÓSCAR: ¿Por qué?

MAMÁ ROSA: Porque las dejaba muy finamente, ¡¡Zjoi!!, sin respiración.

Desde entonces, cuando me da la depre y estamos seguros de que no nos puede oír nadie, Mami Rosa me

cuenta sus grandes peleas: «La Estranguladora de Versalles» contra «La carnicera de Normandía».

Su rivalidad de veinte años contra «Diabólica Sinclair», una holandesa, que en vez de tetas tenía obuses, y lo mejor de todo el campeonato mundial contra «Ulla-Ulla» llamada «La perra de Buchenwald», a la que nadie había vencido. ¡Ni siquiera «Muslos de Acero», el gran ídolo de Mami Rosa, cuando era luchadora! Todas estas peleas me suben la moral. Porque me la imagino a ella, en el ring tal y como es ahora: viejecilla, torpona, metiéndoles unas palizas a esas tiarronas en bañador. Y pienso que soy yo. Que soy el más fuerte. Es mi revancha.

Oye, si después de todos estos datos sobre Mami Rosa o «La Estranguladora de Versalles» todavía no sabes quién es, entonces, querido Dios, deja de ser Dios y jubílate. Creo que me he expresado con bastante claridad.

Y, ahora a lo mío.

Mi trasplante ha defraudado. La quimio también defraudó —pero no era tan grave porque quedaba la esperanza del trasplante—. Ahora me parece que los médicos ya no saben qué inventar. Los pobres me dan pena. El doctor Dusseldorf parece un Papá Noel al que se le han acabado los regalos.

Lo he comentado con mi amigo Bacon.

En realidad, no se llama Bacon, se llama Juan, pero nosotros le llamamos Bacon porque está todo frito a quemaduras.

ÓSCAR: Bacon, me da que los médicos ya no me quieren. Les deprimó.

BACON: ¡Qué tonterías dices, Cabeza Huevo! Esos no se dan nunca por vencidos. Se inventan siempre nuevas operaciones. A mí me han prometido, por lo menos, seis más.

ÓSCAR: Será que les inspiras.

BACON: Eso parece.

ÓSCAR: ¿Pero por qué no me dicen claramente que me voy a morir?

Y ahí, Bacon hizo lo que todos en el hospital: se volvió sordo. Hablas de «morir» en un hospital y todos se vuelven sordos y cambian de conversación. He hecho la prueba con todo el mundo.

Menos con Mami Rosa. Por eso, esta mañana quería averiguar si también ella se vuelve dura de oído con esa pregunta.

ÓSCAR: Mami Rosa, me parece que nadie quiere decirme que me voy a morir.

Ella me miró. ¿Iba a reaccionar como los demás? Por favor, luchadora, tú no, tú no te achantes, tú planta cara.

MAMÁ ROSA: ¿Y para qué te lo van a decir Óscar, si tú ya lo sabes?

Ella sí me oyó.

ÓSCAR: Mami Rosa me parece que la gente se cree que entrar en un hospital es siempre para ponerse sano. Pero también se entra para morir.

MAMÁ ROSA: Tienes razón, Óscar. Cometemos el mismo error con la vida. Olvidamos que la vida es frágil, es efímera. Y nos comportamos como si fuéramos inmortales.

ÓSCAR: Mami Rosa, mi operación salió mal, ¿verdad?

Mami Rosa no contestó. Era su manera de decir que sí. Cuando estuvo segura de que yo lo había comprendido, se me acercó.

MAMÁ ROSA: Pero, yo no te he dicho nada. ¿Júralo?

ÓSCAR: Lo juro.

Nos callamos un momento para darle vueltas a lo que acabábamos de decir.

MAMÁ ROSA: ¿Y si escribieras a Dios, Óscar?

ÓSCAR: ¡No, Mami Rosa, tú no! ¡Por favor!

MAMÁ ROSA: Yo no... ¿Qué?

ÓSCAR: Creí que no eras una mentirosa.

MAMÁ ROSA: Pero, si no te miento.

ÓSCAR: Entonces, ¿por qué me hablas de Dios?
¡Ya se quedaron conmigo una vez con lo
de Papá Noel! ¡Una y no más!

MAMÁ ROSA: Óscar, Dios y Papá Noel no tienen nada
que ver.

ÓSCAR: ¿Qué no?, son lo mismo. Cuentos para
comernos el coco.

MAMÁ ROSA: ¿Te imaginas que yo, antigua luchadora
de «catch», que de ciento sesenta y cinco
peleas venció en ciento sesenta, cuarenta
y tres por K.O., una estranguladora de mi
categoría iba a creer un solo momento en
Papá Noel?

ÓSCAR: No.

MAMÁ ROSA: Pues eso, no creo en Papá Noel, pero en
Dios, sí que creo.

Ya ves.

Evidentemente, dicho así, la cosa cambia.

ÓSCAR: ¿Y por qué tengo que escribir a Dios?

MAMÁ ROSA: Te sentirás menos solo.

ÓSCAR: ¿Menos solo en compañía de alguien que no existe?

MAMÁ ROSA: Haz que exista. Cada vez que creas en Él, existirá un poco más. Y si insistes, existirá del todo. Y tú te sentirás mejor.

ÓSCAR: ¿Y qué le puedo decir?

MAMÁ ROSA: Confíale tus pensamientos. Esos pensamientos que te callas, son pensamientos que pesan, que te confunden, que te paralizan, que te quitan sitio para ideas nuevas y que se acaban pudriendo. Te conviertes en un contenedor de pensamientos viejos, que apestan, si no hablas de ellos.

ÓSCAR: Vale.

MAMÁ ROSA: También puedes pedirle que te conceda un deseo al día.

Pero, ¡cuidado! Uno solo.

ÓSCAR: Mami Rosa, tu Dios no mola. Aladino podía pedir al genio de su lámpara tres deseos.

MAMÁ ROSA: Será mejor un deseo al día que tres en toda la vida. ¿O no?

ÓSCAR: ¿Entonces puedo pedirle todo? Juguetes, caramelos, un coche...

MAMÁ ROSA: No, Óscar, Dios no es Papá Noel. A Él solo puedes pedirle cosas de tipo espiritual.

ÓSCAR: Y, ¿eso qué es?

MAMÁ ROSA: Pues verás, puedes pedirle: Coraje, paciencia, comprensión.

ÓSCAR: ¡Para! Ya lo he pillado.

MAMÁ ROSA: También puedes sugerirle favores para otras personas.

ÓSCAR: Con un deseo al día, sería gilipollas, si no me lo quedara para mí.

Bueno, Dios, en esta primera carta te he contado algo de la vida que llevo en este hospital, donde me he convertido en un estorbo. Para la medicina.

Y me gustaría que me aclararas algo: ¿Me voy a curar? Con testa solo sí o no. Es facilito. Sí o no. Tacha lo que no sirva.

Hasta mañana. Besos. Óscar.

P.D. No tengo tu dirección. ¿Qué hago?

CARTA 2

Querido Dios:

¡Qué tío! Eres total. No he podido mandarte la carta y ya me has hecho llegar la respuesta. ¿Cómo lo haces?

Esta mañana jugaba al ajedrez con Einstein, cuando apareció Popcorn para avisarme.

POPCORN: Están aquí tus padres.

ÓSCAR: ¿Mis padres? Imposible. Solo vienen los domingos.

POPCORN: He visto su coche, un todo terreno rojo con el techo blanco.

ÓSCAR: Imposible.

Me encogí de hombros y seguí jugando con Einstein.

Pero como me quedé preocupado, Einstein me «comía» todas las piezas, y eso me iba cabreando y poniendo cada vez más nervioso. No le llamamos Einstein porque sea más inteligente que los demás, sino porque tiene la cabeza el doble de grande. Por lo visto lo que tiene dentro es agua. Es una lástima, porque si en vez de agua tuviera más cerebro, Einstein sería capaz de cosas geniales.

Cuando vi que iba a perder, dejé de jugar y me fui con Popcorn a su cuarto, que da al aparcamiento. Tenía razón

él: Habían venido mis padres. No sé si te he dicho, Dios, que mis padres viven lejos de aquí. Por eso no pueden venir nada más que una vez a la semana, los domingos, porque es el día que no trabajan, y yo tampoco.

POPCORN: ¿Lo ves? ¿Ves cómo tenía yo razón? ¿Qué me das por haberte avisado?

ÓSCAR: Tengo chocolate con nueces.

POPCORN: ¿Y no tienes caramelos de fresa?

ÓSCAR: No.

POPCORN: Entonces, me apaño con el chocolate.

Tenemos prohibido darle golosinas a Popcorn, porque está aquí para adelgazar. Noventa y ocho kilos con nueve años, uno diez de alto por uno diez de ancho. La única ropa en la que cabe entero es una especie de sudadera de polo americana llena de rayas.

¡Cuándo se mueve hasta las rayas se marean! Francamente, ninguno de mis amigos, ni yo, creemos que podrá dejar de estar gordo, y como nos da lástima verle siempre muerto de hambre, le damos lo que nos sobra. Un trocito de chocolate en esa masa de grasa no es nada. ¡Y si estamos equivocados, que las enfermeras dejen también de inflarle a supositorios! Volví a mi habitación para esperar a mis padres. Al principio no noté cómo pasaba el

tiempo, porque tenía un poco de fatiga, hasta que me di cuenta de que ya podían haber llegado como quince veces.

De repente adiviné dónde estaban. Me escurrí por el pasillo como una anguila, cuando nadie podía verme bajé la escalera, y medio a oscuras llegué hasta la consulta del doctor Dusseldorf.

Premio. Allí estaban. Podía oír sus voces a través de la puerta. Como al bajar la escalera me había fatigado más, esperé unos segundos para recuperarme antes de abrir. Y ahí sucedió. Oí lo que no tenía que haber oído. Mi madre lloraba y el doctor Dusseldorf no hacía más que repetir: «Lo hemos intentado todo, créanme, se ha intentado todo lo humanamente posible», y mi padre contestaba casi sin voz: «Lo sé, doctor, lo sé».

Me quedé con la oreja pegada a la puerta de metal. Y no sé lo que estaba más frío si la puerta o yo.

El doctor siguió diciendo:

DOCTOR: ¿No quieren pasar un momento a darle un beso?

MADRE: No tendría valor, dice mi madre.

PADRE: No, no, añade mi padre, no debe vernos en este estado.

Y entonces me di cuenta de que mis padres eran dos cobardes de mierda. Peor. Dos cobardes que me tomaban por cobarde a mí.

Como oí ruido de sillas, pensé que estaban a punto de salir. Corrí a esconderme y abrí la primera puerta que pillé.

Y así fue como acabé en el cuarto de las escobas, donde pasé el resto de la mañana, porque no sé si lo sabrás, Dios, pero los cuartos de la limpieza solo se abren por fuera, no por dentro.

¡Como si tuvieran miedo de que, por la noche, las escobas y las fregonas salieran volando!

A mí, no me importaba estar encerrado a oscuras, porque no tenía ganas de ver a nadie.

Hacia el mediodía empecé a oír follón en el piso de arriba: pasos, carreras, puertas. Después, empezaron a llamarme por todas partes: «¡Óscar! ¡Óscar!».

Me encantaba oír cómo me llamaban y no contestar. Lo único que yo quería era joder a todo el mundo.

Después creo que me dormí un rato, hasta que oí los zuecos de la señora de la limpieza. Abrió la puerta, los dos nos llevamos un susto de muerte, y nos pusimos a dar gritos; ella, porque no esperaba encontrarme allí, y yo, porque había olvidado lo negra que era y lo fuerte que podía gritar.

Después se montó una... Empezaron a llegar todos corriendo, el doctor Dusseldorf, los médicos de guardia, la enfermera jefe, las otras enfermeras que estaban de servicio, las señoras de la limpieza... todo el mundo. Creí que me iban a echar una bronca, pero no. Así que decidí aprovechar la situación.

ÓSCAR: Quiero ver a Mami Rosa.

DOCTOR: Pero, ¿qué te ha pasado, Óscar?

ÓSCAR: Quiero ver a Mami Rosa.

DOCTOR: ¿Te sientes bien? ¿Por qué te has metido en ese cuarto? ¿Seguías a alguien? ¿Has oído algo?

ÓSCAR: Quiero ver a Mami Rosa.

DOCTOR: Bebe un poco de agua.

ÓSCAR: Quiero ver a Mami Rosa.

DOCTOR: Primero tendrás que comer algo.

ÓSCAR: No. Quiero ver a Mami Rosa.

Granito puro. Una roca. Una pared de cemento. Me daba igual lo que me dijeran. Por un oído me entraba y por otro me salía. Yo quería ver a Mami Rosa.

Al doctor Dusseldorf le escocía un poco demostrar delante de sus colegas su falta de autoridad sobre mí. Pero al final tiró la toalla.

DOCTOR: Que busquen a esa señora.

Entonces fui a descansar y dormí un buen rato. Cuando me desperté, ya estaba allí Mami Rosa. Sonreía.

MAMÁ ROSA: Bravo, Óscar, muy bien. Les has soltado un guantazo de padre y muy señor mío. Lo malo será que ahora me empiecen a tomar manía.

ÓSCAR: ¿Y a quién le importan esos?

MAMÁ ROSA: Son buena gente, Óscar, de verdad que son buena gente.

ÓSCAR: Pues peor para ellos.

MAMÁ ROSA: ¿Qué ha pasado?

ÓSCAR: El doctor Dusseldorf les dijo a mis padres que me iba a morir, y salieron huyendo. Les odio.

Se lo conté todo, Dios, lo mismo que a ti.

MAMÁ ROSA: Vaya, por Dios. Fíjate que esto me recuerda mi pelea en Betunia contra «Sarah

Hoppla-Bum», la luchadora del cuerpo aceitoso, la anguila del cuadrilátero, una deportista que luchaba casi desnuda y que se te escurría entre las manos si tratabas de aplicarle una llave. Ella solo luchaba en Betunia, y todos los años ganaba la copa de Betunia. ¡Pero mira por donde, a mí se me metió en las narices que yo también quería ganar esa copa!

ÓSCAR: ¿Y, lo conseguiste?

MAMÁ ROSA: Sí.

ÓSCAR: ¿Cómo?

MAMÁ ROSA: Verás. Unos amigos míos le tiraron harina cuando subió al ring. La mezcla de la harina con el aceite fue formando una costra asquerosa pero muy oportuna. Tres golpes y unas tijeras, y ya tenía a «Sarah Hoppla-Bum» de espaldas sobre la lona. Desde aquel día nadie la volvió a llamar la anguila del cuadrilátero. La llamaban el rodaballo empanado.

ÓSCAR: Está bien, Mami Rosa, pero no acabo de entender qué relación tiene una cosa con la otra.

MAMÁ ROSA: Siempre hay una solución, Óscar, siempre hay una bolsa de harina en cualquier parte. Mira, deberías escribir a Dios. Es más fuerte que yo.

ÓSCAR: ¿Incluso en la lucha libre?

MAMÁ ROSA: En la lucha libre es un maestro. ¡Hay veces que te aplica cada llave! Pruébalo, Óscar. De todo esto, ¿qué es lo que más te duele?

ÓSCAR: Odio a mis padres.

MAMÁ ROSA: Pues, ódialos a fondo.

ÓSCAR: ¿Y eso me lo aconsejas tú?

MAMÁ ROSA: Sí. Ódialos con todas tus fuerzas. Es un hueso difícil de roer, y cuando acabes con él, verás que no valía la pena. Cuéntaselo todo a Dios, y pídele que te haga una visita.

ÓSCAR: ¿Hace visitas?

MAMÁ ROSA: A su manera. No muchas, más bien pocas.

ÓSCAR: ¿Porque está enfermo Él también?

Cuando oí suspirar a Mami Rosa, me di cuenta de que no quería confesar que tú, querido Dios, también andabas un poco chungo.

MAMÁ ROSA: ¿Óscar, tus padres nunca te han hablado de Dios?

ÓSCAR: Paso de ellos. Son unos capullos.

MAMÁ ROSA: Es posible. ¿Pero nunca te hablaron de Dios?

ÓSCAR: Sí, una vez. Para decirme que no creían en Él. Que ellos solo creían en Papá Noel.

MAMÁ ROSA: ¿De verdad son tan capullos, Óscar?

ÓSCAR: Ni te imaginas. El día que, al volver del colegio, les dije que se dejaran de chorradas, que tanto mis amigos como yo, sabíamos que Papá Noel no existía, pareció que se caían de una nube.

Como yo venía muy cabreado, porque en el recreo me tomaban por imbécil, me juraron que nunca habían querido engañarme, y que siempre creyeron que Papá Noel existía, y que ahora estaban muy, pero que muy decepcionados de que eso no fuera verdad. ¡Dos tontos de baba, Mami Rosa, dos tontos de baba!

MAMÁ ROSA: ¿Entonces no creen en Dios?

ÓSCAR: No.

MAMÁ ROSA: ¿Y eso no te ha llamado la atención?

ÓSCAR: Si me voy a estar fijando en lo que piensan los idiotas, no me va a quedar tiempo para lo que piensan los inteligentes.

MAMÁ ROSA: En eso no te falta razón. Pero si tus padres, que según tú son idiotas, no creen en Dios, por qué no vas a creer tú en Él y pedirle que te visite.

ÓSCAR: ¿Pero no me dijiste que está en cama?

MAMÁ ROSA: No. Tiene una manera especial de hacer visitas. Te visita a través del pensamiento.

ÓSCAR: ¡A través del pensamiento! ¡Esas cosas me gustan! ¡Qué fuerte!

MAMÁ ROSA: Ya verás, sus visitas te vendrán bien.

ÓSCAR: Se lo comentaré. Pero, de momento las visitas que más me gustan son las tuyas, Mami Rosa.

Ella sonrió y se acercó tímidamente para darme un beso. Pero como que no se atrevía.

ÓSCAR: Venga, dame un beso, que no se lo diré a las otras. No seré yo el que ponga en ridículo a la Estranguladora.

Sus labios rozaron mi mejilla y me gustó, era un calor agradable con olor a polvos y jabón.

ÓSCAR: ¿Cuándo nos volvemos a ver?

MAMÁ ROSA: Solo puedo venir dos veces a la semana.

ÓSCAR: ¡Ah no, ni hablar! ¡No voy a esperar tres días!

MAMÁ ROSA: Es el reglamento.

ÓSCAR: ¿Y quién fabrica el reglamento ese?

MAMÁ ROSA: El doctor Dusseldorf.

ÓSCAR: El doctor, ahora mismo, cuando me ve, se hace caca en los pantalones. Vete a pedirle permiso, Mami Rosa. Di que vas de mi parte.

Me miró dudosa.

ÓSCAR: Que no es coña, eh. O vienes a verme a diario, o no hay cartas a Dios.

MAMÁ ROSA: Lo intentaré.

En cuanto salió Mami Rosa, me eché a llorar. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo necesitado que estaba de ayuda. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo enfermo que estaba. Ante la idea de no ver más a Mami Rosa, lo entendí todo. Menos mal que tuve algo de tiempo para tranquilizarme antes de que volviera.

MAMÁ ROSA: Todo arreglado: tengo el permiso. Durante doce días puedo venir a verte a diario.

ÓSCAR: ¿A mí y solo a mí?

MAMÁ ROSA: A ti y solo a ti, Óscar.

Yo no sé lo que me pasaba, pero volví a llorar hasta con hipo. Ya sé que un chico no debe llorar, y menos yo que con mi Cabeza Huevo, me parezco a un marciano. Pero, no podía evitarlo. Seguía llorando.

ÓSCAR: ¿Doce días, Mami Rosa? ¿Tan mal estoy?

Ella también estaba a punto de llorar. La antigua luchadora no quería dejarse vencer. Esa sí que era una bonita pelea.

MAMÁ ROSA: ¿A qué día estamos hoy, Óscar?

ÓSCAR: Hoy es 19 de diciembre.

MAMÁ ROSA: Sabes, en mi tierra, hay una leyenda que dice que si te fijas en los últimos doce

días del año, puedes averiguar el tiempo que hará en los doce meses del año siguiente.

ÓSCAR: ¿Y es verdad?

MAMÁ ROSA: Es una leyenda. Si quieres jugamos tú y yo. Bueno, sobre todo tú.

ÓSCAR: ¿Jugar a qué?

MAMÁ ROSA: A partir de hoy cada día será como si tuvieras diez años más.

ÓSCAR: ¿Diez años?

MAMÁ ROSA: Sí. Un día: diez años.

ÓSCAR: ¡Entonces, dentro de doce días, tendré ciento veinte años!

MAMÁ ROSA: ¿Si, Óscar, te das cuenta?

Mami Rosa me dio un beso y se fue corriendo. Creo que le ha cogido gustito a lo de besarme. Así que, Dios, esta mañana acabo de nacer y no me he enterado muy bien. Hacia mediodía ya tenía cinco años y empezaba a aclararme de algunas cosas. No eran buenas. Esta noche, tengo diez años, que es la edad de la razón y aprovecho para pedirte una cosa:

Cuando tengas algo que anunciarme como lo de esta mañana, si no te importa no lo hagas tan a lo bestia. Gracias.

Hasta mañana. Besos. Óscar.

P.D. Tengo que pedirte otra cosa. Ya sé que solo tengo derecho a un deseo. Pero, es que lo de antes más que deseo era un consejo, ¿no te parece?

No tengo inconveniente en que me hagas una visita. Una visita de las tuyas, claro, a través del pensamiento. ¡Me parece la bomba! En realidad me gustaría muchísimo. Estoy disponible desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche. El resto del tiempo duermo. Incluso, a veces, durante el día, doy alguna que otra cabezadita, por el tratamiento. Si estoy dormido cuando vengas, tú no te cortes para despertarme. Sería una pasada que por unos minutos no nos encontráramos tú y yo. ¿Verdad, Dios?

CARTA 3

Querido Dios:

Hoy he pasado la adolescencia y no ha sido nada fácil. ¡Qué lío! No he tenido más que problemas con mis amigos, con mis padres y todo por culpa de las chicas. Pero esta noche estoy contento. Ya tengo veinte años, y creo que lo peor ha pasado. ¡Jo con la pubertad! ¡Pubertad, no, gracias! Una y no más.

En primer lugar, te recuerdo, querido Dios, que no has venido. Con todos mis problemas, casi no he pegado ojo, así que no has podido pasar inadvertido. Además te lo repito, aunque esté roncando... sacúdeme.

Cuando me desperté esta mañana ya había llegado Mami Rosa. Durante el desayuno me contó alguno de sus combates. Como siempre, me dijo que, para la lucha, también se necesitan músculos en el cerebro.

MAMÁ ROSA: ¿Quién te cae mejor, Óscar?

ÓSCAR: ¿Aquí? ¿En el hospital?

MAMÁ ROSA: Sí.

ÓSCAR: Bacon, Einstein, Popcorn.

MAMÁ ROSA: ¿Y entre las chicas?

La pregunta me bloqueó. No quería contestarla. Pero Mami Rosa esperaba, y ante una luchadora de categoría internacional no era cosa de hacerse el estrecho.

ÓSCAR: Peggy Blue.

Peggy Blue es la niña azul. Tiene su habitación al fondo del pasillo. Sonríe con dulzura pero apenas habla. Tiene una enfermedad rara. La enfermedad azul. Un problema de la sangre que no llega a los pulmones y por eso tiñe de azul toda la piel. Está esperando una operación que la vuelva rosa. A mí me da mucha pena, porque la encuentro muy guapa de azul.

MAMÁ ROSA: ¿Y se lo has dicho?

ÓSCAR: ¡Hombre, no puedo plantarme ante ella y decirle: «Peggy Blue, te quiero mucho»!

MAMÁ ROSA: Sí puedes. Hazlo.

ÓSCAR: ¡Si ni siquiera sé si sabe si existo!

MAMÁ ROSA: ¡Razón de más!

ÓSCAR: ¿Tú te has fijado en mi cabeza? Tendrían que gustarle los extraterrestres.

MAMÁ ROSA: Yo te encuentro muy guapo, Óscar.

Es agradable oír esas cosas, siente uno un cosquilleo..., pero no sabe exactamente qué hay que contestar.

ÓSCAR: No quisiera conquistar solo por mi físico, Mami Rosa.

MAMÁ ROSA: ¿Qué sientes por ella?

ÓSCAR: Quisiera protegerla de los fantasmas.

MAMÁ ROSA: ¿Cómo? ¿Hay fantasmas aquí?

ÓSCAR: Claro. Todas las noches nos despiertan y nadie sabe por qué. Nos hacen daño, porque nos pinchan. Y tenemos miedo, porque no se les ve. Luego es difícil volver a dormirse.

MAMÁ ROSA: Y tú, ¿los ves a menudo?

ÓSCAR: Yo no. Porque tengo el sueño muy profundo. Pero, a Peggy Blue la he oído gritar muchas noches. Me gustaría protegerla.

MAMÁ ROSA: Díselo.

ÓSCAR: Igual no lo iba a poder hacer. De noche no nos dejan salir de nuestra habitación. Es el reglamento.

MAMÁ ROSA: ¿Y tú crees que los fantasmas conocen el reglamento? No.

Seguro que no. Sé astuto. Si te oyen decirle a Peggy Blue que esta noche vas a hacer guardia para protegerla, no se atreverán a venir.

ÓSCAR: Ya, pero yo...

MAMÁ ROSA: ¿Qué edad tienes?

ÓSCAR: Ni idea. ¿Qué hora es?

MAMÁ ROSA: Las diez. Vas a cumplir quince años. ¿No crees qué va siendo hora de que demuestres que ya eres un hombre?

A las diez y media me decidí y fui corriendo a su habitación. Tenía la puerta abierta.

ÓSCAR: Hola, Peggy. Soy Óscar.

Estaba echada en su cama como Blanca Nieves esperando a su príncipe, mientras que los capullos de los enanos creen que está muerta. Se volvió hacia mí y en ese momento me pregunté si me iba a tomar por su príncipe o por uno de los enanos. Con mi cabeza huevo no podía ser el príncipe, así que... pero no dijo nada, y eso es lo bueno de Peggy Blue, que nunca dice nada y todo resulta misterioso.

ÓSCAR: He venido a decirte, que a partir de esta noche, si quieres, montaré guardia delante de tu puerta para protegerte de los fantasmas.

Ella me miró, parpadeó, y tuve la impresión de que la película empezaba a pasar a cámara lenta. El aire se hacía más aéreo, el silencio más silencioso. Yo caminaba como por dentro del agua, y todo iba cambiando cuando me acercaba a su cama iluminada por una luz, que no sé de dónde venía.

POPCORN: ¡Eh, un momento, Cabeza Huevo! Soy yo el que protege a Peggy.

Allí estaba Popcorn entrando por la puerta. Casi no cabía. Me asusté. Seguro que si él hacía la guardia, sería mucho más eficaz, por ahí no pasaría ni un fantasma.

POPCORN: Peggy, tú y yo somos muy buenos amigos, ¿o no?

Peggy miró al techo. Popcorn lo tomó como una afirmación y me sacó a empujones.

POPCORN: Si quieres una chica, coge a Sarita. Peggy es mi coto privado.

ÓSCAR: ¿Con qué derecho?

POPCORN: Con el de haber llegado primero. Y si no te gusta, nos partimos la cara.

ÓSCAR: Tampoco es eso.

Yo estaba algo cansado y fui a la sala de juegos para sentarme.

¡Jo! ¿Sabes quién estaba allí?, precisamente Sarita. Sarita tiene leucemia como yo, pero su tratamiento parece que funciona. La llamamos «La China», porque lleva una peluca negra, brillante, de pelo liso y con flequillo. Me mira y hace explotar un globito de chicle.

SARITA: Si quieres puedes besarme.

ÓSCAR: ¿Para qué? ¿No tienes bastante con el chicle?

SARITA: Anda, si no sabes besar. Me apuesto a que no lo has hecho nunca.

ÓSCAR: ¿Me estás vacilando, o qué? Con quince años estoy harto de morrearme.

SARITA: ¿Tienes quince años? Preguntó sorprendida.

Comprobé mi reloj.

ÓSCAR: Más de quince años.

SARITA: Siempre he soñado con que me besara alguien de más de quince años.

ÓSCAR: Natural, enana, contesté.

Entonces hizo un horrible gesto con los morros, que parecían una ventosa pegada a un cristal, y comprendí que estaba esperando que la besara.

Al darme la vuelta para irme, me doy cuenta de que todos mis amigos nos están mirando. No hay forma de escapar. Hay que ser hombre. Llegó la hora. Me acerco a ella y la beso. Me abraza, no me deja moverme, y de pronto, sin avisar, me mete su chicle en la boca. Del susto me lo tragué. Estaba furioso. En ese momento una mano me da unas palmaditas en la espalda. Las desgracias nunca vienen solas. Era domingo y lo había olvidado.

PADRE: ¿Nos presentas a tu amiguita?

ÓSCAR: No es mi amiguita.

PADRE: De todas formas, ¿no nos la quieres presentar?

ÓSCAR: Sarita, mis padres.

SARITA: Encantada de conocerles, dijo, muy dulce, «La China».

La hubiera estrangulado.

PADRE: ¿Quieres que Sarita venga con nosotros a tu habitación?

ÓSCAR: No, Sarita se queda aquí.

Cuando llegamos a mi habitación. Me eché a dormir un rato. No tenía ganas de hablar con ellos. Cuando desperté ya habían desempaquetado los regalos. Desde que estoy en el hospital a mis padres les resulta difícil hablar conmigo; por eso me traen regalos y nos pasamos unas tardes aburridísimas estudiando las reglas de los juegos y las instrucciones. A mi padre no se le resiste un folleto, aunque esté en turco o en japonés. Es un auténtico campeón en cargarse las tardes de los domingos.

Hoy me ha traído un CD portátil. No podía protestar, porque hacía tiempo que lo había pedido.

ÓSCAR: ¿No vinisteis ayer?

PADRE: ¿Ayer? No. Sabes que solo podemos venir los domingos. ¿Por qué lo preguntas?

ÓSCAR: Alguien vio vuestro coche en el aparcamiento.

PADRE: Hay muchos coches iguales en el mundo, hijo. Es fácil cambiar uno por otro.

ÓSCAR: Lástima que no se pueda hacer lo mismo con los padres.

Con eso les cerré la boca. Después cogí el CD portátil y puse «Cascanueces» una vez detrás de otra para que no pudieran decir palabra.

PADRE: ¿Te gusta?

ÓSCAR: No está mal. Quiero dormir.

Comprendieron que tenían que irse. Se sentían muy incómodos. Sienta bien ver que ellos también sufren. Después mi madre me abrazó muy fuerte, y me dijo:

MADRE: Te quiero, mi pequeño Óscar, te quiero muchísimo.

Pensé apartarla, pero la dejé. Me recordaba otros tiempos, cuando podía decirme que me quería sin esa angustia en la voz. Después de eso me eché una cabezadita.

Mami Rosa es la campeona de los despertadores. Siempre está allí cuando abro los ojos. Y siempre tiene una sonrisa en los labios.

MAMÁ ROSA: ¿Qué tal tus padres?

ÓSCAR: «Negaos», como siempre. Bueno, me han regalado «Cascanueces».

MAMÁ ROSA: ¿Viste a Peggy Blue?

ÓSCAR: Nada que hacer. Está enrollada con Popcorn.

MAMÁ ROSA: ¿Te lo ha dicho ella?

ÓSCAR: No, él.

MAMÁ ROSA: Eso es un farol.

ÓSCAR: No lo creo. Estoy seguro de que le gusta más que yo. Es más fuerte. La protegerá mejor.

MAMÁ ROSA: ¡Te digo, que es un farol! Yo en el ring he vencido a luchadoras que recordaban a ballenas o hipopótamos. Por ejemplo: «Plum Pudding», una irlandesa de ciento cincuenta kilos, antebrazos como mis muslos, bíceps como jamones, piernas que no se podían rodear. No había por dónde cogerla. Invencible.

ÓSCAR: ¿Y cómo lo conseguiste?

MAMÁ ROSA: Si no hay resquicio por donde coger algo, es que es redondo y rueda. O sea la hice correr por el ring para cansarla, le di un empujoncito y cayó. Para levantarla ne-

cesitaron una grúa. Sí, Óscar, es cierto que tus huesos son muy finos y tienen muy poca chicha alrededor, pero la seducción no necesita ni chicha ni huesos, requiere corazón, y tú, de eso, tienes de sobra.

ÓSCAR: ¿Yo?

MAMÁ ROSA: Vete a ver a Peggy Blue y dile lo que sientes por ella.

ÓSCAR: Estoy un poco cansado.

MAMÁ ROSA: ¿Cansado? ¿A estas horas qué años tienes? Dieciocho. A los dieciocho años no se está cansado.

Mami Rosa tiene una manera de hablar que le devuelve a uno la energía. Fui al cuarto de Peggy y le di mi CD portátil.

ÓSCAR: Escucha «El vals de los copos». Es tan bonito que me ha hecho pensar en ti.

Peggy escuchó «El vals de los copos». Sonreía como si el vals fuera un amigo que le contara cosas divertidas al oído. Me devolvió el CD y dijo:

PEGGY: Precioso.

Era su primera palabra. No está mal para ser la primera.

ÓSCAR: Peggy, me gustaría decirte algo: no quiero que te operen. Eres bonita como eres. Eres bonita en azul.

Noté enseguida que aquello le había gustado. Yo no lo dije por eso, pero a ella le había gustado.

PEGGY: Óscar, quiero que seas tú el que me proteja de los fantasmas.

ÓSCAR: Eso está hecho, Peggy.

Estaba orgulloso. Al fin había ganado yo.

PEGGY: Bésame.

Desde luego esto de los besos debe de ser un truco de las chicas, parece que lo necesitan. Pero Peggy a diferencia de «La China» no es una viciosa. Me tendió la mejilla y al besarla, yo también sentí un calor muy agradable.

ÓSCAR: Buenas noches, Peggy.

PEGGY: Buenas noches, Óscar.

Ya ves Dios, hoy ha sido mi día. Comprendo que digan que la adolescencia es una edad ingrata. Es muy dura. Pero cuando se llega a los veinte, todo se arregla. Y ahí

va mi deseo de hoy: Quiero casarme con Peggy. No estoy muy seguro de si el matrimonio pertenece a las cosas de tipo espiritual de las que tú te ocupas. Si no es así, díme-lo pronto para poder acudir a la persona adecuada. Sin querer presionarte, te recuerdo que no me queda mucho tiempo. Resumiendo: Matrimonio de Óscar y Peggy. Si o no. Tacha lo que no sirva. Mira a ver si me puedes echar una mano en esto.

Hasta mañana. Besos. Óscar.

P.D. Sigo sin saber tu dirección.

CARTA 4

Querido Dios:

Como sabrás, ya estoy casado. Hoy es 21 de diciembre, me voy acercando a los treinta años y me he casado. Peggy y yo hemos decidido que, por el momento, no tendremos niños, ya veremos más adelante. Entre Tú y yo, creo que ella no está preparada.

Pasó anoche. Hacia la una de la madrugada, oí a Peggy quejarse. Rápidamente me levanté. ¡Los fantasmas! ¡A Peggy le estaban torturando los fantasmas! ¡Iba a darse cuenta de que no había sido capaz de protegerla! No me volvería a hablar y tendría razón.

Fui, lo más rápido que pude, hasta su habitación y la vi sentada en su cama, mirándome alucinada. Yo, también, creía estar alucinando, porque tenía a Peggy de frente mirándome muy fijo, con la boca cerrada, y sin embargo yo seguía oyendo los gritos.

Entonces, me acerqué hasta la siguiente puerta y me di cuenta de que era Bacon quien gritaba. El pobre se retorció de dolor en su cama. Por un momento, recordé el día en que quemé la casa, al gato, al perro, incluso a los peces de colores, y pensé que, después de todo, fue mejor que se murieran. Era espantoso ver a Bacon gritar de dolor, a pesar de tanto implante y tanta crema.

Al cabo de unos minutos, se fue haciendo un ovillo y dejó de gritar. Volví con Peggy.

ÓSCAR: ¿Entonces no eras tú, Peggy? Siempre pensé que eras tú quien gritaba por la noche.

PEGGY: Pues, yo creía que eras tú.

No nos lo podíamos creer, desde hacía tiempo, cada uno pensaba en el otro.

Peggy se volvió todavía más azul, lo que en su caso significaba que estaba muy cortada.

PEGGY: Óscar, ¿qué vas a hacer ahora?

ÓSCAR: ¿Y, tú Peggy?

PEGGY: ¿Quieres dormir conmigo?

Las chicas, son increíbles. A mí, una frase como esa, me hubiera costado horas, semanas, meses, antes de soltarla. Ella me la decía con toda naturalidad, sencillamente.

ÓSCAR: Vale.

Me metí en su cama. Estábamos un poquito apretados pero pasamos una noche estupenda. Peggy huele a avellanas ¡y tiene la piel tan suave...! Dormimos mucho, soñamos mucho, estuvimos muy juntos, y nos contamos nuestras vidas.

Cuando por la mañana, la enfermera jefe nos encontró a los dos juntos, armó un cacao... Se puso a gritar, la enfer-

mera de noche la contestó gritando, se gritaron la una a la otra y luego le gritaron a Peggy, después me gritaron a mí, daban portazos, ponían a los demás por testigos, nos llamaban «cochinos enanos». Pero nosotros éramos muy felices. Tuvo que llegar Mami Rosa para acabar con aquel guirigay.

MAMÁ ROSA: ¿Quieren dejar a los chicos en paz? ¿A quién tienen ustedes que atender, a los pacientes o al reglamento? Me importa un carajo su reglamento. ¿Y saben lo que les digo? Que se pueden meter su reglamento donde les quepa. ¡Fuera todo el mundo! ¡A callar! ¡A pelearse a la calle!

Todos se callaron y se fueron. ¡Nadie puede con «La luchadora»! Me llevó a mi habitación y he dormido un poco.

Al despertar, hemos hablado.

MAMÁ ROSA: ¿Entonces, Óscar, vas en serio con Peggy?

ÓSCAR: Muy en serio, Mami Rosa. Estoy súper feliz. Nos hemos casado esta noche.

MAMA ROSA: ¿Casado?

ÓSCAR: Sí. Hemos hecho todo lo que hacen un hombre y una mujer cuando están casados.

MAMÁ ROSA: ¡¿Ah?!

ÓSCAR: ¿Por quién me tomas? Tengo más de veinte años, y hago con mi vida lo que me parece, ¿no?

MAMÁ ROSA: Por supuesto.

ÓSCAR: Y, fíjate todas las cosas que cuando era joven me daban asco, los besos, las caricias, todo eso, pues ahora, me gustan. Tiene gracia cómo cambia uno con la edad, ¿no?

MAMÁ ROSA: Te felicito, Óscar. Estás creciendo muy bien.

ÓSCAR: Solo hay una cosa que no hemos hecho: el beso con la lengua. Peggy tenía miedo de quedarse embarazada. ¿Tú qué crees?

MAMÁ ROSA: Pienso que Peggy tiene razón.

ÓSCAR: ¿Ah, sí? ¿Es posible tener bebés si nos besamos en la boca? ¡Jo, pues entonces «La China» y yo vamos a tener un montón!

MAMÁ ROSA: Tranquilízate, Óscar, las posibilidades de quedarse embarazada son pocas. Muy pocas.

Parecía estar muy puesta Mami Rosa en ese tema, y eso me tranquilizó bastante porque tengo que decirte, a

ti Dios, y solo a ti, que con Peggy, una vez, o dos, o puede que más, nos hemos metido la lengua. Volví a dormir un poco. Después Mami Rosa y yo comimos juntos, y empecé a encontrarme mejor.

ÓSCAR: No sabes lo cansado que estaba esta mañana, Mami Rosa.

MAMÁ ROSA: Es normal, entre veinte y veinticinco años, se sale por la noche, se va de juerga y claro, luego se está agotado. ¿Qué tal si fuéramos a ver a Dios?

ÓSCAR: ¿¡Ah!>? ¿Tienes su dirección?

MAMÁ ROSA: Tiene muchas.

Mami Rosa me vistió como si nos fuéramos al Polo Norte, y me llevó a la capilla que está al fondo del parque del hospital. En fin, no te voy a explicar dónde es, es tu casa.

Me quedé impactado cuando vi tu estatua, casi desnudo, tan flaco, clavado en tu cruz, con heridas por todas partes y la cabeza sangrando bajo las espinas. Y me indignó. Si yo fuera Dios, como Tú, nunca me habría dejado hacer semejante cosa.

ÓSCAR: Mami Rosa, ¡no me tomes el pelo! Tú que has sido una gran campeona, ¡no irás a confiar en eso!

MAMÁ ROSA: ¿Por qué, Óscar? ¿Crearías más en Él si vieras a un culturista con unos abdominales muy trabajados, unos bíceps enormes, la piel engrasada y un tanga que pusiera de relieve sus atributos?

ÓSCAR: No sé...

MAMÁ ROSA: Piénsalo. ¿De quién te sientes más cercano? ¿De un Dios que no siente nada o de un Dios que sufre?

ÓSCAR: Del que sufre. Pero si yo fuera Él, si yo fuera Dios, si, como Él, tuviera poder, habría evitado sufrir.

MAMÁ ROSA: Si precisamente quiso hacerse hombre para eso. Para conocer nuestro sufrimiento. Para comprendernos mejor.

ÓSCAR: Bueno. Vale. ¿Pero para qué sirve sufrir?

MAMÁ ROSA: Mírale. Fíjate en su cara. Observa. ¿Te parece que está sufriendo?

ÓSCAR: Mucha pinta de que le duela no tiene.

MAMÁ ROSA: De eso se trata, Óscar, de distinguir entre el sufrimiento físico y el sufrimiento moral. El sufrimiento físico, se padece. El sufrimiento moral, se escoge.

ÓSCAR: No entiendo nada.

MAMÁ ROSA: Si te clavan unos clavos en las manos o en los pies, no puedes evitar sentir dolor. Pero, por qué te va a producir dolor la idea de la muerte. No sabes lo que es. Por lo tanto, sufrir o no, depende de ti.

ÓSCAR: ¿No me digas que conoces a alguien que se alegra al pensar que se va a morir?

MAMÁ ROSA: Sí, mi madre. En su lecho de muerte, sonreía feliz, estaba impaciente. Tenía prisa por descubrir lo que iba a pasar.

Me quedé sin argumentos, pero me interesaba saber cómo seguía.

MAMÁ ROSA: La gente teme morir porque le tiene miedo a lo desconocido. Pero, ¿qué es lo desconocido? Te propongo, Óscar, que no tengas miedo sino confianza. Mira su cara en la cruz: padece un dolor físico pero moralmente no siente ningún dolor porque tiene confianza.

ÓSCAR: Vale, Mami Rosa, lo intentaré.

Me sentí bien. Qué bien se estaba en esa iglesia desierta con Mami Rosa y contigo.

Al regreso, dormí mucho tiempo. Cada vez tengo más sueño. Al despertarme, le dije a Mami Rosa:

ÓSCAR: No le tengo miedo a lo desconocido. Lo que me joroba es perder lo que conozco.

MAMÁ ROSA: A mí me pasa lo mismo, Óscar. ¿Y si le decimos a Peggy que venga a merendar con nosotros?

Peggy merendó con nosotros. Después Mami Rosa se marchó y nos dejó solos. Las enfermeras nos vigilaban, como si fuéramos dinamita a punto de explotar. ¡Joder, tengo treinta años, ya no soy un niño! Peggy me ha prometido que, esta noche, vendrá ella a mi habitación; a cambio, le he jurado que, esta vez, no meteré la lengua.

Es verdad que no todo es tener niños. Además, hay que tener tiempo para educarlos.

Ya ves, Dios. Esta noche no sé qué pedirte porque ha sido un gran día. ¡Sí! ¡Ya sé cuál va a ser mi deseo de hoy! Haz que, mañana, la operación de Peggy, salga bien. No como la mía... Ya sabes a qué me refiero.

Hasta mañana. Besos. Óscar.

P.D. Tampoco sé si las operaciones las tienes tú en catálogo. Si no es así, haz que, sea cual sea el resultado de la operación, Peggy se lo tome bien. Cuento contigo.

CARTA 5

Querido Dios:

Hoy han operado a Peggy. He pasado diez años terribles. ¡Qué difíciles son los treinta! Es la edad de las preocupaciones y de las responsabilidades. Peggy no pudo venir anoche a mi cuarto porque una enfermera se quedó con ella preparándola para la anestesia. Hacia las ocho la vi pasar en la camilla. Apenas se la veía bajo las sábanas de color verde. Yo tenía el corazón en un puño y Mami Rosa me cogió de la mano para darme moral.

ÓSCAR: ¿Por qué tu Dios, permite que haya personas como Peggy y como yo?

MAMÁ ROSA: Porque la vida sin vosotros sería menos bella.

ÓSCAR: No. No me entiendes. Quiero saber por qué Dios permite que estemos enfermos. O no es bueno, o no tiene tanto poder como tú te crees.

MAMÁ ROSA: Óscar, la enfermedad, como la muerte es un hecho que forma parte de la vida. No es un castigo.

ÓSCAR: ¡Claro! ¡Como se ve que tú no estás enferma!

MAMÁ ROSA: ¿Y tú qué sabes?

Me dejó de piedra. Nunca había pensado que Mami Rosa, que viene a vernos porque quiere, que se ocupa tanto de nosotros, pudiera tener sus propios problemas.

ÓSCAR: No me tienes que ocultar nada tuyo, Mami Rosa, puedes decirme lo que sea. Tengo ya treinta y dos años, un cáncer, y mi mujer está en la sala de operaciones. Comprenderás que sé algo de la vida, ¿no?

MAMÁ ROSA: Te quiero, Óscar.

ÓSCAR: Yo también. Por eso si tienes problemas me gustaría hacer algo por ti. ¿Quieres que te adopte?

MAMÁ ROSA: ¿Qué me adoptes?

ÓSCAR: Sí, ya adopte a Bernardo cuando vi que se venía abajo.

MAMÁ ROSA: ¿Qué Bernardo?

ÓSCAR: Mi oso. Solo le queda un ojo, no tiene nariz, la boca ni se le ve y está lleno de costurones por todas partes. Se da un aire a ti. Le adopté el día en que los dos cretinos de mis padres me trajeron un oso nuevo. ¡Cómo pudieron pensar que

yo iba a aceptarlo! ¡Con las mismas me podían cambiar a mí por un niño sano! Desde entonces Bernardo es mi oso adoptivo. Y, hoy quiero adoptarte a ti. ¿Tú quieres?

MAMÁ ROSA: Sí. Claro que quiero, Óscar.

ÓSCAR: Verás cómo te sientes más segura.

MAMÁ ROSA: No lo dudo.

ÓSCAR: Entonces choca aquí.

Luego fuimos a preparar la habitación de Peggy. La llenamos de flores y de chocolatinas. Después me dormí. Es una pasada lo que duermo últimamente.

Hacia el final de la tarde, Mami Rosa me despertó diciéndome que Peggy estaba ya en su habitación y que la operación había sido un éxito.

Fuimos a verla juntos. Sus padres estaban a la cabecera de la cama. No sé quién les había informado, pero sabían quién era yo. Me trataron con mucho respeto, colocaron una silla al lado de ellos y pude acompañar a mi mujer junto a mis suegros.

Me puse muy contento, porque la piel de Peggy seguía siendo azul. El doctor Dusseldorf pasó, se frotó las ce-

jas y dijo que todo iba bien. Que su piel cambiaría en las próximas horas. Miré a la madre de Peggy. A pesar de no tener la piel azulada era muy guapa y pensé que después de todo, Peggy, mi mujer, podía tener el color de piel que quisiera. La querría igual.

Peggy abrió los ojos. Nos sonrió, a sus padres y a mí. Luego se volvió a dormir. Sus padres ya estaban tranquilos, pero se tenían que marchar.

PADRES: Te confiamos a nuestra hija. (Me dijeron).
 Sabemos que podemos contar contigo.

Aguanté hasta que Peggy abrió los ojos por segunda vez. Después, agotado y feliz me fui a mi habitación a descansar.

Al terminar mi carta, me doy cuenta de que al final, hoy ha sido un buen día. Un día dedicado a la familia.

He adoptado a Mami Rosa, les he caído bien a mis suegros y he recuperado a mi mujer sana y salva, aunque, hacia las once, su piel se iba poniendo de color rosa.

Hasta mañana. Besos. Óscar.

P.D. Hoy no te pido nada. Te dejo el día libre.

CARTA 6

Querido Dios:

Hoy, he pasado de cuarenta a cincuenta años y no he hecho más que gilipolleces. Lo cuento por encima porque no merece la pena. Peggy está bien pero «La China», enviada por Popcorn, que ya no me traga, fue a chivarle que le había besado en la boca.

Al enterarse, Peggy me dijo que ella y yo habíamos terminado. Le expliqué que lo de «La China» había sido un error de juventud, que había pasado mucho tiempo antes de casarnos. Ni caso. Hasta se hizo amiga de «La China» para hacerme rabiar y las oí reírse a las dos.

En vista de eso, cuando Barbarita, la trisómica, que se pega siempre a todo el mundo, porque los trisómicos son muy afectuosos, vino a darme los buenos días a mi habitación, la dejé que me besara por todas partes. Estaba loca de contenta. Parecía un perrito haciéndole fiestas a su amo. El problema fue que Einstein estaba en el pasillo. Ese tendrá agua en el cerebro pero no tiene telarañas en los ojos. Lo vio todo y fue a contárselo a Peggy y a «La China». Ahora, toda la planta me trata como a un vicioso.

ÓSCAR: No sé lo que me ha pasado con Barbarita, Mami Rosa...

MAMÁ ROSA: Es la edad, Óscar. Los hombres, entre los cuarenta y cinco y los cincuenta, quieren reafirmarse a sí mismos y comprobar que

aún pueden gustar a otras mujeres. Es normal.

ÓSCAR: Bueno, vale, soy normal pero, también, soy gilipollas, ¿no?

MAMÁ ROSA: Totalmente normal y totalmente gilipollas.

ÓSCAR: ¿Qué tengo que hacer?

MAMÁ ROSA: ¿Sigues queriendo a Peggy?

ÓSCAR: Sí. Solo a ella.

MAMÁ ROSA: Entonces díselo. La primera pareja es frágil pero hay que pelear para conservarla porque a lo mejor resulta que es la buena.

Mañana, Dios, es Nochebuena. No había caído en que era tu cumpleaños.

Consigue que Peggy y yo nos reconciliemos, porque no sé si es por eso, pero estoy muy triste esta noche y ya no tengo ánimo para nada.

Hasta mañana. Besos. Óscar.

P.D. Ahora que somos tan colegas, ¿qué quieres que te regale por tu cumple?

CARTA 7

Querido Dios,

Esta mañana temprano le he dicho a Peggy que la quería, que solo la quería a ella y que sin ella mi vida no tenía razón de ser. Se puso a llorar, me confesó que ella también me quería solo a mí y que jamás habría otra persona, sobre todo ahora que tenía la piel rosa.

Entonces los dos nos echamos a llorar, pero era muy agradable. La vida de pareja es genial. Sobre todo después de los cincuenta cuando ya has pasado tantas pruebas.

A las diez, me he dado cuenta de que hoy era Nochebuena. No me podía quedar con Peggy, porque su familia en pleno iba a invadir su habitación y a mí me tocaba cargar con mis padres.

¿Qué me iban a regalar esta vez? Con dos cretinos, con la inteligencia de un mosquito, no podía esperar nada bueno. Solo tenía una cosa clara: iba a pasar un día de mierda.

De repente me decidí y organicé mi fuga.

A las once y media, Mami Rosa me dio un beso deseándome una feliz Nochebuena con mis padres y luego se fue hacia los vestuarios. Silbé. Popcorn, Einstein y Bacon me vistieron en un pispas, me bajaron en volandas y me llevaron hasta esa especie de coche que tiene Mami Rosa. Un coche que debe de ser anterior a la era del automóvil. Popcorn, que como se ha criado en un barrio conflictivo

se da mucha maña abriendo cerraduras, forzó la puerta trasera y, entre los tres, me tumbaron en el suelo, entre los asientos de delante y los de atrás. Luego se volvieron, como si nada, al hospital.

Al cabo de un buen rato, Mami Rosa subió al coche. Después de intentarlo unas diez o quince veces consiguió arrancarlo y salimos despedidos como por una catapulta. Como hacía mucho ruido parecía que íbamos a toda pastilla. Y se movía tanto que yo botaba como una pelota de feria.

Pero lo más peligroso era Mami Rosa. Debió de aprender a conducir con un especialista de cine. No respetaba ni los semáforos, ni las aceras, ni nada. No paraba de tocar el claxon, ni de insultar a los enemigos que se cruzaban en su camino y su vocabulario era peor que el de un carretero.

Yo tenía previsto, al llegar, dar un salto y decir: «Cucú, Mami Rosa», pero la carrera de obstáculos duró tanto tiempo que me dormí.

Al despertarme, era de noche, hacía frío y el silencio era absoluto.

Salí del coche y empezó a nevar. Tenía tanto frío que mis dientes bailaban solos. Vi una gran casa iluminada. Fui hacia ella. Me costaba mucho andar. Cuando por fin llegué tuve que pegar tal salto para alcanzar el timbre y, al caer, me quedé incrustado en el felpudo. Allí fue donde me encontró Mami Rosa.

MAMÁ ROSA: Cariño mío.

Me llevó al salón, donde tenía puesto un enorme árbol de navidad. Yo estaba sorprendido de ver lo bonita que era la casa de Mami Rosa. Me sentó junto al fuego para que entrara en calor y nos tomamos un chocolate riquísimo.

MAMÁ ROSA: En el hospital hay zafarrancho de combate. Todo el mundo te está buscando, Óscar. Tus padres, desesperados, han avisado a la policía.

ÓSCAR: No me extraña. Si son tan tontos como para pensar que les voy a querer cuando me pongan las esposas...

MAMÁ ROSA: ¿Qué es lo que les reprochas?

ÓSCAR: Me tienen miedo. No se atreven a hablarme. Y cuanto menos se atreven, más sensación tengo de ser un monstruo.

MAMÁ ROSA: No te tienen miedo, Óscar. Le tienen miedo a la enfermedad.

ÓSCAR: Mi enfermedad forma parte de mí. No tienen que comportarse de forma diferente porque esté enfermo. ¿O es que solo pueden querer a un Óscar sano?

MAMÁ ROSA: Claro que te quieren, Óscar; cómo no te van a querer.

ÓSCAR: ¿Hablas con ellos?

MAMÁ ROSA: Sí. Están muy celosos de lo bien que nos llevamos. No, celosos, no. Más bien, dolidos. Tristes porque ellos no saben cómo conseguirlo.

Me encogí de hombros pero ya empezaba a ver las cosas de otra manera.

MAMÁ ROSA: ¿Sabes, Óscar? Te vas a morir, sí. Pero tus padres también se morirán.

Me sorprendió. Nunca lo había pensado.

MAMÁ ROSA: También van a morir. Solos. Y con el terrible remordimiento de no haber podido hacer las paces con su único hijo.

ÓSCAR: Corta ese rollo, Mami Rosa, que me da la depre.

MAMÁ ROSA: Piensa en ellos, Óscar. Has comprendido que vas a morir porque eres un chico muy inteligente. Pero, no has comprendido que no eres el único. Todo el mundo se muere. Un día, tus padres. Un día, yo.

ÓSCAR: Sí, ya. Pero, a mí me toca el primero.

MAMÁ ROSA: Es cierto. Te toca el primero. Puede que con esa excusa te creas con todos los derechos. Pero, ¿qué derecho tienes a olvidarte de los demás?

ÓSCAR: Que te veo venir, Mami Rosa. Venga. Llámalos.

Cuando llegaron mis padres les dije:

ÓSCAR: Lo siento, no había caído en que vosotros también os moriréis un día.

No sé por qué, pero esta frase les desbloqueó. A partir de ese momento volvieron a ser como antes y hemos pasado una Nochebuena como nunca.

A los postres, Mami Rosa quiso ver por televisión la Misa del Gallo y también un combate de «catch» que había grabado. Dice que desde hace años siempre pone un combate de «catch» para hacer piernas antes de la misa. Fue increíble. ¡Mephista contra Juana de Arco! ¡Bañadores y botas hasta aquí! «¡Qué buenas mozas!», decía mi padre que estaba colorado como un tomate y que tenía pinta de gustarle aquello... la pelea.

Por cierto, feliz cumpleaños, Dios. Mami Rosa me ha dicho que el mejor regalo que he podido hacerte ha sido volver a llevarme bien con mis padres.

A mí, la verdad, como regalo me parece cutre. Pero, si Mami Rosa, que te conoce mejor, lo dice...

Hasta mañana, Besos. Óscar.

P.D. Se me olvidaba mi deseo: que mis padres estén siempre como esta noche. Y yo también. Ha sido una Navidad chula, sobre todo la pelea de Mephista contra Juana de Arco. Lo siento por tu misa, pero estaba matado.

CARTA 8

Querido Dios:

Tengo más de sesenta años y hoy los excesos de anoche me están pasando factura. Estoy en baja forma.

¡Qué gusto volver a casa, al hospital! Cuando uno es viejo, ya no tiene ganas de viajar. Te aseguro que ya no tengo la menor intención de escaparme.

Peggy está mejor. Ha venido a hacerme una visita. Iba en silla de ruedas pero pronto la va a dejar. Pasamos un rato muy agradable. Escuchamos «Cascanueces» cogidos de la mano y recordamos los buenos tiempos.

No te cuento más porque me pesa mucho el bolígrafo. Aquí, todo el mundo está malo, hasta el doctor Dusseldorf, gracias a los patés, los dulces y el champagne que las familias de los niños han regalado a mogollón al personal.

Me gustaría que me hicieras una visita. Besos, hasta mañana.

Óscar.

CARTA 9

Querido Dios:

Hoy, he pasado de setenta a ochenta años y he pensado mucho. No sé si te había dicho que Mami Rosa me regaló por Navidad una planta del Sáhara. Es una planta cuya vida transcurre en un solo día. En cuanto se riega la semilla, brota, se hace tallo, nacen sus hojas, aparece la flor, da sus granos, se marchita y, por la noche, se acabó. Es un regalo genial, te doy las gracias por haberlo inventado. Pude seguir toda la existencia de la planta. Ya sé que es una flor más bien enclenque y escuchimizada, pero ella ha cumplido con su trabajo como la mejor de las plantas, como una grande, en un solo día, y sin descansar un momento.

Con Peggy, hemos estado leyendo el «Diccionario médico». Es su libro favorito. Ella se apasiona por las enfermedades y se pregunta cuáles podría tener más adelante. Yo he mirado las palabras que me interesaban: «Vida», «Muerte», «Dios». ¡Me crearás si quieres, pero no estaban! Bueno, eso demuestra que ni la vida, ni la muerte, ni Tú, sois enfermedades. Lo cual es una buena noticia.

El doctor Dusseldorf ha pasado a vernos. Seguía teniendo ese aire de perro apaleado con sus grandes cejas negras, de puercoespín.

ÓSCAR: ¿Se peina usted las cejas, doctor Dusseldorf?

Muy sorprendido, miró a su alrededor. Parecía preguntar a Mami Rosa, y a mis padres, si había oído bien. Acabó diciendo, con voz ahogada que sí.

ÓSCAR: Escuche, doctor Dusseldorf, le voy a hablar francamente porque yo siempre he sido muy correcto con el tema de la medicación y usted ha estado impecable con el tema de la enfermedad. No se sienta culpable. No es culpa suya si alguna vez tiene que dar malas noticias a la gente. Tiene que relajarse. No es usted Dios. Levante el pie del acelerador, doctor Dusseldorf, y no le dé a esto demasiada importancia, sino no podrá seguir en su profesión mucho tiempo. Mire, qué cara se le ha quedado.

Escuchándome el doctor Dusseldorf tenía la boca abierta como si se hubiera tragado un huevo. Luego sonrió, una sonrisa de verdad, y me dio un beso.

DOCTOR: Tienes razón, Óscar. Gracias por decírmelo.

ÓSCAR: De nada, doctor. A mandar. Vuelva cuando quiera.

Al fin se lo dije, Dios. Tú, en cambio, sigues sin venir a verme. Ven. No lo pienses más. Me gustaría mucho.

Hasta mañana. Besos.

Óscar.

CARTA 10

Querido Dios:

Peggy Blue se ha ido. Ha vuelto a casa de sus padres. No soy idiota, y sé muy bien que ya no la volveré a ver nunca más.

Hoy no tengo ganas de escribir porque estoy demasiado triste. Peggy y yo hemos pasado nuestra vida juntos, y ahora me he quedado solo, calvo y abatido.

Hoy, ya no te quiero. Óscar.

CARTA 11

Querido Dios:

Gracias por venir. Has escogido el mejor momento porque no me encontraba bien. A lo mejor te has decidido, porque te molestó mi carta de ayer...

Hoy, al despertarme, pensé que tenía noventa años y miré por la ventana para ver la nieve.

Y, entonces, adiviné que venías. Era por la mañana. Estaba solo sobre la Tierra. Era tan temprano que los pájaros todavía dormían, y tú intentabas fabricar el alba. Te costaba, pero insistías. El cielo palidecía. Hinchabas los aires de blanco, de gris, de azul, ahuyentabas la noche, reavivabas el mundo. No te detenías ni un momento. Entonces fue cuando comprendí la diferencia entre Tú y nosotros: ¡eres infatigable! Siempre trabajando. ¡Que se haga de día! ¡Que se haga de noche! ¡Que venga la primavera! ¡Que venga el invierno! ¡Que aparezca Peggy Blue! ¡Que aparezca Óscar! ¡Que aparezca Mami Rosa! ¡Qué salud y qué fuerza tienes!

Entendí que estabas aquí. Que me decías tu secreto: mira cada día el mundo como si fuera la primera vez.

Entonces seguí tu consejo y lo puse en práctica. ¡La primera vez! Contemplaba la luz, los colores, los árboles, los pájaros, los animales. Sentía cómo el aire me pasaba por la nariz y me hacía respirar.

Me sentía vivo. Me estremecía de pura alegría. La felicidad de existir. Me había transformado.

Gracias, Dios, por haber hecho eso para mí. Tenía la impresión de que me cogías de la mano y de que me llevabas al corazón del misterio para contemplar el misterio. Gracias.

Hasta mañana. Besos. Óscar.

P.D. Mi deseo: ¿puedes hacer de nuevo lo de «La primera vez» para mis padres? Creo que Mami Rosa ya lo tiene que conocer.

¡Ah, y también para Peggy, si tienes tiempo...! Ahora comprendo Dios que estés tan ocupado, porque hacer esto todos los días...

CARTA 12

Querido Dios:

Hoy tengo cien años. Casi como Mami Rosa. Duermo mucho pero me encuentro bien.

Cuanto más envejecemos, tenemos que intentar apreciar la vida en todo su valor. Uno se tiene que volver refinado, artista. Cualquiera estúpido puede disfrutar de la vida con diez o veinte años, pero con cien, cuando uno ya no se puede mover, hay que usar la inteligencia. He intentado explicárselo a mis padres pero no sé si les he convencido del todo.

Visítales. Acaba el trabajo. Yo ya estoy cansado y no sé si podré seguir.

Hasta mañana, besos.

Óscar.

CARTA 13

Querido Dios:

Ciento diez años. Son muchos años. Creo que empiezo a morirme.

Óscar.

CARTA 14

Querido Dios: Óscar ha muerto.

Nos dejó esta mañana, durante el rato en que sus padres y yo bajamos a tomar un café. Murió solo. Esperé ese momento para evitarnos el trago de verle morir. En realidad, era él quien velaba por nosotros.

Siento que se me ha encogido el corazón y, al mismo tiempo, tengo la sensación de que es más grande. Óscar vive en él, y no le pienso echar.

Me da vergüenza comparar mi dolor con el dolor incommensurable de esos padres. Tendré que guardarme mis propias lágrimas para esta noche, para cuando llegue a casa.

Por supuesto, continuaré siempre con mi trabajo en el hospital. Pero ya no seré Mami Rosa nunca más. Solo lo fui para él.

«Mami Rosa...»

Te agradezco que me hayas dado la oportunidad de conocer a Óscar. Gracias a él me he divertido. Gracias a él ¡he inventado unas historias!... Gracias a él hasta me hice experta en «catch». Gracias a él ¡me he reído! Gracias a él he conocido la alegría.

Hasta me ha ayudado a creer en ti. Quizá por eso no siento rencor. Estoy llena de amor, incendiada de amor. Él me dio tanto que no voy a necesitar más para el resto de mi vida.

Hasta pronto. Mami Rosa.

P.D. Durante estos tres últimos días, Óscar tenía puesta una nota sobre su mesilla de noche. Creo que te concierne. Había escrito: «Solo Dios tiene derecho a despertarme».

¿Y nosotros, habitantes de un siglo caótico y virtual, en el que todo vale con tal de que no aflore ningún atisbo de imperfección en nuestras vidas, qué haremos cuando den las luces del patio de butacas? ¿Decirnos que todo era teatro? Sí, es cierto. Las palabras de Óscar son pura esencia de teatro. Para eso nacieron. Pero conviene no olvidar que a la luz misteriosa del teatro se ha producido el milagro. El escenario transformado en un retablo luminoso.

Juan Carlos Pérez de la Fuente
Director de *Óscar o la felicidad de existir*

Óscar
o la felicidad de existir

Nueva Revista
DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE